

TERCERA PARTE

La alta Policía.

I

La cuestión de que si el Gobierno ha estado acertado publicando la ley que prohíbe las casas de juego, se ha presentado sobre el tapete con frecuencia en estos últimos años. Con ayuda de argumentos de cierto valor, la prensa llamada literaria ha tratado de demostrar que la moral no había ganado nada con esta supresión, que por el contrario, había perdido, y que las casas de juego debían ser no sólo toleradas, sino autorizadas, patrocinadas y colocadas en el número de los establecimientos de utilidad pública. Por el contrario, los periódicos serios, se han sublevado contra esta pretensión, sosteniendo una tesis opuesta á la de sus colegas. Como de costumbre, ninguna de las dos partes ha podido convencer á la otra, y el público no sabe todavía á qué opinión dar la preferencia. No tratamos de elevar nuestra voz en estos debates, ni mezclarnos en esta polémica. Queremos sencillamente hacer constar un hecho que nadie contradirá: desde hace algunos años, á pesar de la firmeza de Frascati y de los diferentes salones del Palais-Royale, la pasión del juego se ha desarrollado en Francia de una manera espantosa. Se juega en

todas las clases de la sociedad y en todos los rincones de París. Los grandes círculos en desprecio á sus estatutos que prohíben los juegos de azar, se abren todas las noches á los amantes del *baccarat*, al que se arriesgan en gran escala los que temen á la *ruleta* y la *treinta y cuarenta*. Al lado de estos círculos aristocráticos, existen otros donde se profesa por las cartas el mismo culto, pero donde los *fieles* se recomiendan quizás por menos delicadeza en sus mútuas relaciones, y una manera más... larga de interpretar ciertas reglas en uso entre los jugadores. Después vienen los *restaurants* á la moda, donde después de comer en algun gabinete particular, se propone una partida que se prolonga hasta la hora de cenar, algunas veces hasta la de almorzar; ciertos cafés que se cierran á la una de la mañana al público, pero que siguen abiertos para algunos privilegiados discretos, silenciosos, retirados en una sala del interior, lejos de las miradas de la Policía, y prestos á pagar un enorme consumo á cambio de la ilegal hospitalidad que se les ofrece y de los juegos de *piquet* de que se les provee; las reuniones particulares de la alta sociedad; la dueña de la casa autoriza un pequeño *lansquenet* de familia, bajo la expresa condición que se apuntarán cincuenta céntimos de franco, lo más. Así se le promete, se le jura; pero á media noche, á pesar de sus bellas resoluciones, se apuntan cinco luses, y á las dos de la madrugada se van con las manos vacías. En fin, las *posadas* en que la comida cuesta tres francos, *incluso* el vino, y el *baccarat* tres mil, *excluso* los gastos de bugías.

Lo repetimos, se juega en todas partes, y á excepción de algunos círculos y algunas casas particulares, se juega sin ninguna de las garantías que ofrecen las casas autorizadas por el Gobierno y vigiladas por él. La Policía cumple con su obligación al hacer una encarnizada guerra á todos los establecimientos donde se reúnen clandestinamente los jugadores, y una multitud que escapan y deben escapar á su acción. Hoy recuerda á un Círculo el cumplimiento de sus estatutos; vigíalo durante ocho días, una semana después lo olvida. Cierra un café re-

calcitrante y se abre otro en el mismo *boulevard*. Hace una visita á casa la señora X..., que tiene una mesa de juego, la señora Z..., amiga de la de X..., sube un piso y apresúrase á abrir nuevos salones. Durante dos, cinco, diez años, se goza de la impunidad y se hace su fortuna. Con algo de habilidad se puede dar asilo todas las noches á una sociedad de jugadores, sacar de ellos grandes beneficios sin infringir directamente la ley y sin correr el riesgo de ser perseguido por la Policía. Recordamos á la antigua inquilina de un hotelito de la Avenida de Neuilly, muy conocido de todo el París elegante.

Cuando vino á establecerse entre nosotros, tenía veinticinco años próximamente, sesenta mil francos en valores, en una cartera, una indemnización de treinta mil que debía cobrar en breve plazo, y un amigo desinteresado, bastante joven para no dudar de nada, especie de provinciano con *corteza* parisienne, hábil, entendedor de los negocios como se comprenden en las grandes poblaciones comerciales, y gozando de esa experiencia precoz, de un género particular, propio á las personas que frecuentan asiduamente los bosques, Campos Eliseos, boulevares de la Madelaine, Italianos y el extremo del de Montmartre.

He aquí la conversación que la dama en cuestión tuvo con su amigo, poco después de la época en que termina la primera parte de esta historia.

— ¿Qué hacer ahora? Me es preciso renunciar á todos mis proyectos tan largo tiempo acariciados... Esa existencia que yo soñaba tan bella, esas fiestas, ese lujo, esa reputación de mujer á la moda... decir que él ha bastado... ¡Ah! ¡el miserable!

— ¡Sí, sí! — repuso su interlocutor en tono ligero, casi irónico, agitando en el aire un junquillo que tenía siempre en la mano, — es un miserable, lo confieso por la milésima vez. Pero ya estáis vengada y cruelmente por cierto; ¿qué más queréis? Si os ha hecho mal, vos no le habéis hecho mucho bien que digamos.

— ¿Verdad? — exclamó con arrebató, — ¿creéis eso? Yo había nacido para una existencia ardorosa,

animada, para la gran luz, para el pleno sol, y héme condenada á vivir en el silencio, en la soledad, en la sombra. Era espléndidamente bella... sí, espléndidamente hermosa, esa es la expresión, todos se servían de ella para hablar de mí, vos el primero... ahora me he vuelto hasta asquerosa. Cuando pasaba por la calle, cuando aparecía en un lugar público, se detenían para mirarme, se formaba un círculo á mi alrededor; un largo murmullo de admiración salía de la multitud y subía hasta mis oídos. Hoy, cuando se me vé, se vuelve la cabeza, se huye, se lee la piedad y el disgusto en todos los ojos. Vuestros amigos, á quienes antes me presentasteis, me han abandonado todos... Vos sólo tenéis valor para mirarme de frente.

—Desde luego, tengo todos los valores,—dijo el joven,—pues mis amigos son unos imbéciles. El rostro deja algo que desear, convengo en ello; ha perdido algo de su encanto; pero rostros bonitos se encuentran á centenares. Lo que no se encuentra es un talle como el vuestro, unos hombros de un modelo tan perfecto, un pecho... ¡Ah! ¡qué opulencia, qué firmeza!... Manos y pies de niña... ¿La Vénus de Milo no tiene admiradores apasionados aunque sea incompleta? Para mí sois una Vénus, á la que le faltase la cabeza.

De este modo halagaba Víctor Mazilier á Cora, nuestros lectores los habrán reconocido ya. De este modo empezó á tener una gran influencia sobre aquella *joven de color*, vanidosa como todas las gentes de su raza. Jorge Hamel, adorándola, cuando aún era hermosa, no había hecho más que pagarle el tributo que se la debía; su admiración no la había trastornado y quedaba dueña de sí misma, es decir, arrogante, fría, cruel en ocasiones. Víctor Mazilier, por el contrario, prendándose de su belleza, cuando ella lloraba su fealdad, descubriéndola encantos que él parecía preferir á los que la joven había perdido, la reconcilió en cierto modo consigo misma y le dió confianza en su valer, hizo renacer la esperanza en su corazón desesperado, y por un motivo que más tarde conoceremos, se hizo el indispensable.

Los cumplidos de Víctor Mazilier no habían apaciguado la cólera de Cora. El golpe que la había herido era aún demasiado reciente en aquella época para que la joven pudiese conservar su sangre fría, cuando evocaba ciertos recuerdos.

—¡Ah! me creéis suficientemente vengada,—repuso,—porque ha sido condenado á cinco años de trabajos forzados... Cinco años. Saldrá del presidio, joven elegante, encantador, como era cuando le amé. ¡Porque yo he amado á ese mónstruo! Le amaba cuando le miraba, si..., tenía entonces el culto de la forma! yo era hermosa y rendía homenaje á mi propia belleza al admirar la de los demás. ¡Ahora no tengo tan en cuenta las cualidades físicas; algo sabéis de ello, mi querido Mazilier!

—¡No es ser muy amable!—dijo Mazilier sin moverse, y mentalmente añadió:—¡Ya me lo pagarás todo!

—La joven continuó:

—¡Se le ha condenado á cinco años, y él me ha condenado á mi á la perpetuidad! Saldrá del presidio, gozará de la vida, tendrá queridas, y yo seré siempre fea, odiosa! Antiguamente se marcaba á los presidiarios en la espalda; hoy son sus víctimas, quienes llevan eternamente en el rostro la señal de sus golpes, el estigma de su infamia. ¡Ah! creéis mi venganza satisfecha! ¡Pues bien; si le encuentro algún día, ya lo veréis!

—¡Sea! lo veré,—dijo el joven con resignación,—entre tanto todas esas amenazas son inútiles. Pensemos en lo que vais á hacer. No queréis volver al Havre, lo comprendo, y me habéis escrito para que venga á buscaros á Rouen. Héme aquí. ¿Tenéis el proyecto de fijaros en esta ciudad? Os advierto que os aburriréis mortalmente.

—Poco importa,—exclamó Cora.—No espero divertirme mucho ya en este mundo; pero no me quedaré en Rouen. Sus habitantes me han visto en la Audiencia y me señalan con el dedo cuando salgo! ¡Ah! ¡es que soy muy reconocible!

—¿Contáis con volver á Nueva-Orleans?

—Jamás,—exclamó con fuerza.—¿Cómo se os

ocurre eso? ¿Volver desfigurada á un país donde se me ha conocido tan encantadora, donde he pasado por la más bella?... ¡Ah! ¡las damas criollas serían demasiado felices volviéndome á ver en este estado!

—Entonces queda París, á donde debéis ir desde luego. París donde se puede ocultar perfectamente uno, por poco que lo desee, donde nada asombra, nada emociona, donde se está demasiado ocupado en mirar á las mujeres bonitas para...

—Para volverse del lado de las feas, ¿no es eso?— dijo Cora.—Continuad, pues, querido amigo. Ya sabéis que no me hago ninguna ilusión sobre este particular. ¡Sea! Voy á París, ¿y después? ¿Qué barrio iré á habitar? ¿Dónde estaré mejor oculta? Espero vuestra opinión.

—Desde luego.—contestó después de reflexionar un instante, Víctor Mazilier, fiel á su sistema, ó quizás convencido de lo que decía.—puedo aseguraros que exageráis vuestros defectos físicos. La bala del revólver de Jorge Hamel, os ha partido el labio superior, rozado la mejilla y deformado la parte baja del rostro, convengo en ello. Pero vuestros ojos han quedado más lindos que nunca; la frente, una frente soberana y los cabellos, los más negros que conozco. En una palabra, tenéis bellezas que muchas mujeres os envidiarían. A la luz del día ¡Dios! no digo que las cicatrices no parecerán profundas, las heridas, aún sangrientas; atraerán las miradas y quitarán la atención de los encantos que habéis sabido conservar; pero de noche, en una semiobscuridad, gracias á los efectos de la luz, que estudiaréis y que sabréis manejar, vuestros ojos brillarán con todo su resplandor, vuestros cabellos tendrán efectos particulares, vuestra frente resplandecerá y la parte superior del rostro tendrá tales seducciones que no se reparará en la inferior.

—¡Adulador!—dijo la joven.

—No lo creáis; digo la verdad. Acudo á vuestro amor propio porque en el temor de repetirlo, no quiero hablar del efecto deslumbrador que producirán vuestros hombros y vuestro pecho si os descotáis

siguiendo la moda; si alguna hábil costurera hace resaltar la elegancia de vuestro talle, la amplitud de vuestras caderas; si se perciben las uñas sonrosadas de vuestras desguantadas manos... Sí, sí, la noche es lo que os conviene... sois una *beldad de noche*.

Cora escuchaba ávidamente y poco á poco se dejaba convencer.

Mazilier prosigió:

—He reflexionado mucho vuestra posición, ya lo veis, y sé perfectamente lo que os conviene. Debéis evitar ahora el ruido, el mundo, los placeres arduos; os es preciso un círculo de amigos y de distracciones íntimas. La primera impresión de todos los que os serán presentados, no os será favorable, lo reconozco; pero después del primer efecto, se habituarán poco á poco á vuestros... pequeños defectos. Bien pronto los olvidarán para no ver más que vuestras perfecciones de todas clases. No recibiréis en vuestra intimidad nunca mujeres; que vuestra puerta les sea cerrada de la manera más absoluta. Seríais fea por completo, si ellas se mostraban algo indulgentes; vuestras incontestables bellezas excitarían sus celos; no os lo perdonarían y creedlo, se vengarían. Sed también muy severa con los artistas de todas clases, sobre todo con los hombres de letras; son gentes peligrosas en un salón; para parecer espirituales os avergonzarían; para merecer reputación de originales, os arrojarán á la cara duras verdades; en resumen: vuestros amigos deberán ser hombres de mundo, y del mejor; esos sólo ocultan su pensamiento, sus malas impresiones; no levantan los ojos sobre una mujer más que para admirarla y no la hablan sino para dirigirla cumplidos. En medio de ellos os creeréis siempre encantadora, olvidaréis y...

Cora le interrumpió para decirle:

—¿Esos amigos íntimos de que me habláis, donde queréis que los encuentre? He leído en Nueva-Orleans, en uno de vuestros libros, publicados en Francia, que era preciso en nuestros días renunciar á formarse lo que antiguamente se llamaba un salón.

Las gentes de mundo comen en la fonda, van por la noche al teatro, al baile; es muy raro que vayan dos días seguidos á una misma casa para sentarse en un sillón y hablar tranquilamente al amor de la lumbre.

—Muy exacto,—dijo Víctor Mazilier,—para ser americana conocéis admirablemente nuestras costumbres. En efecto, la perspectiva de encontrar en vuestra casa sillones, fuego en la chimenea y entregarse á una conversación viva y animada no decidiría á dos personas á visitaros. Pero podéis ofrecer á vuestros huéspedes otros placeres, algún *great attraction*, como dicen los ingleses.

—¿Cuál?

—¡El juego!—contestó el joven mirando á Cora.

—¿Qué! ¿Queréis!...

—No quiero nada; pero yo en vuestro lugar me diría: Poseo un capital de cien mil francos próximamente, que colocado lo más que me produciría serían de siete á ocho mil francos de renta. Esto no basta para vivir en París; ¿no es este nuestro parecer?

—¿Lo es el vuestro?

—Sí.

—Entonces participo de él; continuad.

Animado por Cora, Víctor Mazilier desarrolló su plan.

—Decíamos, pues,—repuso,—que ocho mil francos no bastan para vivir. Pero vos no tenéis ocho mil francos de renta; poseéis un capital disponible de cien mil francos; suma insignificante quizás en manos de un hombre, obligado bajo pena de perder la estimación pública, á respetar una multitud de costumbres y hacer valer su dinero, por decirlo así, legalmente. Suma enorme, por el contrario, en manos de una mujer que no pertenece al mundo, que no tiene en la sociedad ningún sitio definido, que no está obligada al trato de nadie y cuyos exajerados escrúpulos no pueden inquietarla.

—Es justo,—dijo Cora;—¿por quién debo inquietarme? ¿Qué conveniencias tengo que respetar?

—Algunas, que ya os diré más tarde. Ocupémosnos de lo más preciso. En vuestro lugar, querría

que mis cien mil francos me produjeran al menos, entendedlo bien, al menos veinticinco ó treinta mil de renta.

—Yo también lo quiero; desarrollad, querido amigo, desarrollad vuestra idea.

—Allá va. Desde luego partiréis para París y os ponéis enseguida en busca de una habitación conveniente, ó, lo que será mejor, un hotelito aislado, misterioso, lejos del movimiento y del ruido, pero en un barrio frecuentado; la Avenida de Eylau, la de Friedland, las primeras casas de Neuilly, por ejemplo. Cuando vayan á vuestra casa deberán ir lo menos posible por los caminos del bosque, se alejarán lo bastante para que los carruajes que les sigan los pierdan de vista é ignoren á donde van. El hotel en cuestión, una vez alquilado, guardémosnos de comprarlo, porque entonces desaparecería el capital, lo amueblamos. Que la mayor sencillez presida en el amueblamiento de vuestra alcoba, tocador, y en fin, de las habitaciones que hayan de permanecer cerradas á los visitantes; pero, en cambio, en todas las que les sean abiertas, el salón principal, el de fumar, el retrete, el comedor, y aun en el mismo vestíbulo, desplegaremos, no lujo, sino un comfortable buen gusto. Por todas partes alfombras que amortigüen el ruido de los pasos, cortinas de seda, buenos y elegantes pabellones, magníficos y cómodos divanes. Nada de mesas en medio de las habitaciones, para tentar á los jugadores. Una dueña de casa debe hacerse rogar mucho antes de permitir á sus huéspedes que empiecen una partida. Solamente las cartas están dispuestas en un cajón, las mesas esperan discretamente al lado de una ventana, y los criados están dispuestos á llevarlas á una señal en medio del salón. Este amueblamiento, gracias á vuestro capital, no os arruinará, porque os advierto que debéis pagar al contado. No os podéis figurar qué rebaja y qué celo se obtiene en París de un tapicero al que se le dice: *Pago enseguida*. A propósito, ya que nos ocupamos de amueblamiento, nada de candelabros, nada de bujías, os lo suplico; los jugadores tienen casi todos la vista fatigada; le

son precisas lámparas con pantalla verde. ¿Habéis comprendido?

—Tanto más, cuanto que ya sabéis que odio la luz.

—Ya os lo he dicho; seréis encantadora en una semiobscuridad.

—Con los codos apoyados en la mesa de juego, de modo que descansa la parte inferior de mi cabeza entre las manos y la oculte, no dejando ver más que mis ojos, la frente y los cabellos, ¿no es eso?

—Perfectamente, habéis encontrado vuestra posición. Jamás dudé de que lo consiguierais. ¿Puedo continuar?

—Me daréis con ello mucho gusto.

—Prosigo: una vez arreglada la cuestión de los muebles, os ocuparéis de los criados. Estaréis, sin duda, acostumbrada de Nueva-Orleans al servicio de negros; tengo uno que poderos ceder; me ha llegado de Borbón; ¿lo queréis?

—No,—exclamó Cora,—nada de negros; tengo horror á esa raza; sólo quiero blancos á mi servicio.

—Vaya por los blancos; suprimo mi negro. Os es preciso un lacayo para la puerta de entrada; un ayuda de cámara para introducir, que acuda á los llamamientos del timbre y sirva á la mesa; los vestiréis á la inglesa, lo cual es de muy buen tono. Nada de jefe de cocina; es demasiado caro y, además, no tendréis necesidad de él; en vuestra casa no se comerá, se cenará tan solo. Una cocinera os bastará para preparar las viandas frías y calentar un caldo. Exigiréis solamente que tenga una especialidad, un plato de predilección. Si no le tiene, yo le daré la receta de la langosta asada al vino de Madeira y de chuletas al agenjo, esto es exquisito, y se hablará de vos en todo París. Son precisos algunos gastos para hacerse con una reputación. Como no debéis salir nunca, ó al menos muy poco, no necesitáis cochero, y os bastará con tomar un carruaje por horas. Queda buscar para vuestro servicio personal una doncella. ¿La queréis joven?

—Sí. Tan joven como sea posible.

—¿Bonita?

—No me desagradaría.

—Será fácil encontrarla. La casa está ya arreglada, ahora...

—Ahora hablemos de los huéspedes destinados á habitarla. ¿Dónde los encontraré? Vos me aconsejáis que no reciba más que gente de mundo. ¿No forman todos ya parte de algún círculo? Vos mismo me lo habéis dicho. ¿Qué interés tendrán en dejarlo para venir á mi casa?

—Voy á decíroslo. Los miembros de un círculo bien montado pueden dividirse en tres campos: los que jamás juegan, que son los más numerosos; los que se permiten juegos inocentes como el *whist*, el *piquet*, el *boston*, y, en fin, los que se entregan á los juegos de azar. Estos últimos, oídlo bien, forman la minoría, y el presidente y demás individuos de la junta, en general personas respetables, muy á menudo desapruban la serie de partidas que terminan algunas veces con diferencias de algunos cientos de miles de francos. Estos jugadores empedernidos frecuentemente prefieren, os lo aseguro, encontrarse en una casa particular que en el *club*, donde por todas partes tienen las miradas fijas en ellos, donde sus hechos y gestos son observados, juzgados severamente y publicados al otro día en los periódicos; indiscreciones terribles que puedan causar graves desórdenes en las familias. Cuento con estos jugadores tímidos y timoratos para formar el primer núcleo de nuestra reunión.

Cora escuchaba muy atentamente; por instinto comprendía que Víctor Mazilier conocía el asunto de que trataba, teniendo una experiencia completa. Podía fiarse de él y tomar lecciones de aquel verdadero doctor en las *ciencias parisienses*. La seguridad con que se expresaba, su tono conmovedor, los gestos con que acompañaba su discurso, sus actitudes, impresionaron vivamente á Cora. Como todas las gentes de color, se dejaba seducir por cualquier nimiedad. El natural sencillo y recto de Jorge Hamel no habían podido imponerla; pero se deslumbraba ante las *cualidades* de Víctor Mazilier.

—Hasta ahora no he hablado,—repuso éste,—

más que de los jugadores interesados en ocultar sus errores, y á los cuales vuestro hotel podría ofrecer un misterioso asilo. Voy á iniciaros en otro detalle de la vida de los *clubs*, detalle del que sabremos sacar partido. Toda suma perdida al juego, que sea de alguna importancia, debe ser pagada dentro de las veinticuatro horas siguientes á la pérdida, y el nombre del jugador que retrasa el pago del plazo reglamentario, aparece en una lista en el círculo. *Dura lex*, excluiríais, si supieseis latín, pero como lo ignoráis me contento con decir que muchos jugadores se considerarían felices con sustraerse á esta ley severa. Veinticuatro horas no bastan siempre, aún á las personas mejor acomodadas, para proporcionarse veinte, treinta, cincuenta ó sesenta mil francos perdidos la víspera. Es preciso algunas veces dirigirse á amigos, á un Notario, á un Agente de cambio, el tiempo pasa y el mal querer de un miembro de la oficina, la susceptibilidad exagerada de un acreedor, un deseo de venganza, pueden llevar á la vergüenza de tener que marcharse del círculo. Estos peligros serían evitados en vuestra casa, puesto que la Junta nada tiene que ver con las deudas contraídas fuera del casino. Añadamos á estas dos clases de jugadores, la de las gentes arruinadas por el juego y que no pueden renunciar á su fatal pasión. En el *club* su ruina es conocida; deben á varios de sus amigos y al mozo del casino. Por favor especial no se les echa, no se les reclama nada, sea por simpatía, sea porque se tiene en cuenta su nombre y posición en el mundo, sus esperanzas de heredar. Pero si jugaran de nuevo, saben que toda indulgencia desaparecería, y como lo saben no se exponen á esta merecida afrenta. Y, sin embargo, el ardiente deseo de tener las cartas en la mano, no les deja un minuto de reposo; siendo tanto más vivo cuanto que no pueden satisfacerlo. De modo que por la noche se les vé por los salones del círculo, errar tristemente alrededor de las mesas del *baccarat*. El suplicio de Tántalo equivale á nada al lado del suyo. ¡Ah! si un alma compasiva, una buena alma, como la mía, por ejemplo, les va á decir: *Conozco una casa misteriosa, dis-*

creta, habitada por una mujer encantadora; en este momento se está jugando una gran partida. No encontraréis más que gentes del mundo, demasiado bien educadas para negar á un joven galante de cuando en cuando una puesta bajo su palabra, demasiado delicados para no concederle un plazo de algunos días, si lo necesita. En verdad, os digo, querida Cora, que vuestra casa, bien comprendida, bien trabajada, bien provista, bien adornada, obtendrá un éxito enorme en poco tiempo.

Victor Mazilier se detuvo para tomar aliento; hablaba hacia más de dos horas. Pero Cora estaba demasiado interesada en su relato para interrumpirlo. Después de haberle apenas dado tiempo de encender un cigarro, le hizo nuevas objeciones:

—La cuestión que me inquietaba, — dijo, — se encuentra resuelta. Mi casa tiene huéspedes escogidos, numerosos. Toman sus costumbres y hábitos. ¿No teméis que un día esas costumbres se vean turbadas?

—¿Por quién? — preguntó el joven lanzando negligentemente una bocanada de humo.

—Por la Policía.

—La Policía. ¿Qué vendría á hacer á vuestra casa?

—He oído decir que no se tiene derecho para entregarse al juego de un modo continuo, seguido...

—¡Vamos! ninguna ley se opone.

—Entonces, ¿por qué se ven con tanta frecuencia en los periódicos las noticias de que la Policía ha sorprendido tal ó tales casas de juego?

—Siendo en un lugar público, la Policía tiene derecho á vigilarlo.

—Un Comisario y varios Agentes penetraron no hace mucho en la casa de una persona de cuyo nombre no me acuerdo; vivía en la calle Drouot, en un tercer piso...

—Una casa amueblada; casas amuebladas en ciertos casos pueden ser consideradas como sitios públicos.

—¿Según vos, para tener una casa de juego sin ser inquietada, basta comprar muebles?

—No, por cierto; pero basta no hacer pagar á los

jugadores ninguna cuota, en otros términos: no sacar ningún provecho de la hospitalidad que se ofrece á sus amigos.

La joven le miró con asombro y dijo:

—¿Entonces cómo queréis que viva? Reducís mi capital á cincuenta mil francos, me quedan apenas dos ó tres mil de renta y tengo que pagar un alquiler considerable, numerosos criados, gastos de todas clases.

—Por ahí os esperaba, querida mía, —dijo el joven encendiendo un nuevo cigarro.

Cuando esta importante operación se hubo terminado, repuso:

—Aún no os he detallado todos vuestros gastos, y voy á hacerlo. Proveeréis todas las noches á vuestros huéspedes de cartas; las renovaréis, si hay necesidad de ello, en el transcurso de la noche, y no permitiréis jamás que se os reembolse el precio. Si se tiene sed, á una señal vuestra traerá enseguida sorbetes, granizados, ponches, jarabes, *Champagne frappé*, en una palabra, toda clase de refrescos, y de los mejores; si se tiene gana, se podrá pasar al comedor á tomar un *tente en pie*. En fin, fijáos y tened presente esto: os será permitido ver cómo se juega, toda la noche, pero completa y absolutamente prohibido el que toqueis una carta.

—¿Con qué objeto?

—Con el de establecer de un modo irrecusable que vuestras recepciones os cuestan muy caro y no pueden reportaros provecho de ninguna especie.

—Será difícil tener dudas á este propósito, ¡pero entonces!...

—Entonces, como por un lado, vos no sois, propiamente hablando, una mujer de mundo, una de esas mujeres poseídas de tal manera de sí mismas que no puede permitirse en cambio de todas sus políticas finuras, ofrecerle otras cosas que bombones y flores en ciertas y determinadas épocas del año; y por otro yo he tenido buen cuidado de establecer que vos no recibiréis más que gentes de mundo, habituadas, por consecuencia de su educación, á ciertas delicadezas, á ciertos escrúpulos, se apresura-

rán á indemnizaros de un modo discreto, de vuestros gastos. Se reunirán desde luego para ofreceros una alhaja de cierto valor; más tarde, cuando la intimidad se haya acendrado por ambas partes, os rogarán que vos misma os compréis la alhaja y enviándos su precio bajo sobre, con cuatro letras que pondrán á salvo vuestra delicadeza. Si tienen una ganancia inesperada, os asegurarán que os habían mentalmente asociado á su juego, y os obligarán á tomar parte de su beneficio. Si pierden bajo palabra, os apresuraréis á poner á su disposición, discretamente, por algunos días, una cantidad, diciéndoles que os ofenderían rehusándola, puesto que sois su amiga... en fin, diciendo todo lo que se puede decir en ese caso. A menudo aceptarán, y el día del reembolso, que no se hará esperar, por respeto á sí mismos, os obligarán á aceptar intereses considerables. En fin, querida mía, tenéis mil recursos á qué acudir, y yo que conozco el asunto de que se trata os respondo de él. Me habéis pedido un consejo y os lo he dado, y os desafío á que lo encontréis mejor.

—Sí, yo lo creo bueno, —contestó Cora.

—¡Pardiez! ¡y tan bueno! Podríaís dudar de que fuese interesado. Y os diré: *Haced esto, haced lo otro... y después adiós, que esto no me incumbe*. Pero tengo interés en veros poner mis consejos en práctica, puesto que son de primera calidad.

—¿Qué interés? —preguntó Cora.

—Vuestra herida, —contestó el joven, —que os ha reportado treinta mil francos, me ha costado á mí los seis mil de pensión que me había asignado mi padre.

—¿Cómo es eso? —preguntó la joven.

—Pues muy sencillo. Mi padre se ha puesto furioso al ver el nombre de los Mazilier tan justamente apreciado en el Havre, pronunciado en un proceso criminal, y á su hijo citado como testigo. Mi declaración le ha sublevado. Se ha estremecido ante la idea de los peligros que le podían ocurrir á su único vástago con una mujer como vos, una mujer á quien por amor se le disparan tiros de revólver en mitad del rostro y se ha dicho: *Si le suprimo la pensión se*

apresurará á venir á trabajar á mi despacho y no se encontrará más en el muelle la llegada de los emigrantes. De ahí la significación de no tener que contar ya con él, como no me hiciera notar por mi celo y trabajo. Pero el celo y el trabajo ya veis que no son mi fuerte. Pasaría de muy buena gana dos días y dos noches seguidas sentado en una silla, volviendo cartas, pero no me veo capaz de estar escribiendo durante tres horas en el despacho, aun siendo menos fatigoso. Así que no he tenido en cuenta para nada la significación de mi padre, de quien me he despedido tiernamente, y si me veis hoy en Rouen, cerca de vos, es, tanto para que no me tengáis un eterno reconocimiento, cuanto que Rouen se encuentra sobre el camino de toda persona que, como yo, se dirige del Havre á París.

—¿Entonces, vais á acompañarme?—preguntó vivamente.

—Os acompaño,—contestó.—Os ayudaré á encontrar un hotelito, lo amueblaré con vos, os procuraré criados, daré la receta á vuestra cocinera de como se hace la langosta al vino de Madera, y las chuletas al ajenjo, os instalaré como á una Princesa, y acto seguido me dedicaré á buscaros la corte que os he ofrecido. Dentro de tres meses estará todo en marcha y dentro de seis habréis recogido el fruto de la semilla sembrada.

—¿Pero vos?...

—En cuanto á mí, ya tengo trazada mi existencia. Durante el día dormiré y las veladas y noches las pasaré en vuestra casa jugando, si queréis autorizarme para ello.

—No faltaría más que yo os pusiera á la puerta. Pero vuestro padre os ha quitado los recursos, ¿qué haréis si perdéis?

—¡Oh, querida mía! Cuando uno se llama Víctor Mazilier y es hijo del más rico armador del Havre, se encuentra siempre dinero. Ade más, ¿queréis la verdad completa? Pues yo no perderé.

—¿Cómo no perderéis?

—Pues muy sencillo; no se pierde cuando se es inteligente y dueño de sí mismo, cuando el juego,

en vez de ser un placer, una distracción, se convierte en una especie de medio de existencia. Hasta hoy he jugado mucho, he perdido mucho y he adquirido una experiencia que me servirá para el resto de mi vida. En un círculo no se hace lo que se quiere, porque se está rodeado de grandes jugadores que dirigen la partida; por amor propio se les sigue y se pierde. En vuestra casa, por el contrario, regularé el juego á mi manera, estudiaré á los demás jugadores, conoceré su parte débil, y sabré cuales son los golpes que será preciso dar con ellos y cuales los que será prudente evitar. Mi posición de íntimo en la casa, me permitirá usar de la multitud de procedimientos que de otro modo parecerían poco decorosos, tales como la de *pasar la mano* después de haber ganado cuatro ó cinco veces seguidas, etc. Amiga mía, se aprende á jugar como se aprenden las demás cosas, y para el que sabe sacar partido de las lecciones que recibe, la mala fortuna ya no entra en las pérdidas de un jugador experimentado, más que en un tercio ó un cuarto. Tal es mi plan; he hecho vuestra fortuna dándoos una idea; vos hacéis la mía poniéndola en práctica. Nuestros intereses están estrechamente ligados, sin que exista entre nosotros la menor asociación y sin que mi delicadeza haya de sufrir. Pensadlo bien, querida Cora; ahora os dejo; por tan largo discurso me estoy muriendo de hambre y me voy á comer al hotel de Inglaterra; á las siete y media vendré á buscaros, y si os habéis decidido, partiremos juntos para París.

II

Este plan fue seguido punto por punto. Ya hemos dicho desde un principio que Cora se había encantado del aspecto y maneras de Víctor Mazilier; así es que á la menor de sus indicaciones hubiera hecho

cualquier locura. Victor Mazilier era el verdadero tipo de los jóvenes de hoy día; conocen la vida parisiense á las mil maravillas; se identifican con ella bajo un aspecto exterior, ligero, reúnen la experiencia y saber necesarios para estar al tanto de la sociedad que tratan; frecuentemente los resultados les dan la razón. Hemos oído decir á un joven de veinte años aconsejando á su padre: *No te fies del señor V..., no me inspira confianza alguna*, y luego hemos visto al tiempo darle la razón. ¿Es que los jóvenes de hoy son más sensatos, más juiciosos que los de ayer? Ne lo creemos; pero las locuras que los de hoy cometen son con conocimiento de causa, sin ilusiones, sin excusas. Si tienen una querida y son engañados, ó bien afirman que lo son ó fingen ignorarlo. Reniegan de la virtud y sospechan de la buena fe. Si se ventila entre ellos un gran desinterés, tratan de probar que es un cálculo. Para ellos nada hay bueno; las prácticas religiosas son hipocresía, y la miseria consecuencia del vicio.

Así que el plan de Victor Mazilier era excelente porque descansaba sobre un perfecto conocimiento de la vida parisiense y estaba basado sobre los medios más ingeniosos de satisfacer un vicio.

A la entrada de la Avenida de Neuilly, Cora pudo encontrar desde su llegada á París un hotelito con jardín, que fue amueblado de la manera más inteligente y se convirtió en poco tiempo, gracias á la actividad y numerosas relaciones de Victor Mazilier, en el lugar de cita, de unos veinte jóvenes jugadores.

Admirablemente aconsejada y, sobre todo, servida muy bien por ese profundo tacto que tienen ciertas mujeres de inteligencia, supo presentarse en su pequeño círculo. Antes de su accidente, encantadora como era, su situación como dueña de la casa, y recibiendo sólo á hombres, hubiese sido más difícil. Todo jugador, por mucho que lo sea, piensa alguna vez en dejar pasar una partida para ver una mujer bonita que está sentada á su lado. Una noche que se ha ganado y que no se quiere jugar más por miedo de perder, se vá á sentar cerca de ella y se le mur-

mura un cumplido al oído. Bien pronto se establecen rivalidades, los celos nacen y la discordia estalla en el campo de los amigos. Pero nadie podía pensar en hacer la corte á Cora; si, como había previsto Victor Macilier, se habituaban poco á poco á su rostro, no quedaba tan extragado que la preservase de toda tentativa amorosa. Cora tuvo también espíritu de llenar tan discretamente sus deberes de dueña de casa, que hizo que sus huéspedes se llegasen á creer en su propia casa ó en uno de sus círculos habituales.

Al cabo de un año, la casa fundada por Cora había adquirido notable renombre y un mundo escogido. En cuanto á la dueña fue ventajosamente clasificada en la opinión de las gentes que la conocían. No pertenecía al mundo ni al *demi-monde*, ni á la categoría de las mujeres entretenidas; tenía una especie de personalidad fuera de los medios habituales, posición bastante rara y que solo dos ó tres mujeres han podido hacerse en París. La de Cora mejoraba todos los días y la de Victor Mazilier engrandecía al mismo tiempo, sin que hubiese abandonado un solo instante sus principios y sin que se le hubiera podido reprochar la menor falta de delicadeza. Se había limitado á poner fielmente en práctica el plan que había concebido. Cada noche, entre diez y once, después de haber tenido un gran cuidado en escoger á sus vecinos, se sentaba delante de la mesa de juego y tomaba las cartas fríamente, sin pasión, como el escribiente se sienta en la mesa de su oficina y coge la pluma, á la cual debe su existencia. Jugaba con extremada prudencia; tímido hasta el exceso, no arriesgaba más que cantidades insignificantes cuando sentía que la fortuna no le era favorable y que se trataba de defender sus únicos fondos; valeroso, temerario si se quiere, cuando la fortuna le sonreía, y que según la expresión consagrada, *jugaba sobre terciopelo*, con sus beneficios.

Gracias á aquella inteligencia del juego, era raro que terminase la noche con alguna pérdida, así es que las ganancias fueron casi diarias y continuadas, produciéndole un fondo bastante considerable.

—¡Ah! el trabajo,—decía á Cora.—¡Qué cosa tan bella! ¡Yo que lo desconocía! ¡Poder pasar sin familia! ¡No deber su posición más que á sí mismo! ¡Ah! ¡Qué dulce satisfacción!

Si Cora le hacía observar que la acción del juego no merecía ser considerada como un trabajo, él la recriminaba en estos términos:

—¡Qué! sentarse todos los días durante seis ó siete horas, en la misma mesa: delante las mismas lámparas, los mismos rostros, colocar las cartas á derecha é izquierda, no oír murmurar más que palabras como estas: *Doy, juego, no tengo, tengo cinco, tengo ocho, tengo nueve, tengo, baccarat*, y murmurarlas de cuando en cuando por toda diversión; no atreverse á levantar cuando las piernas están adormecidas de dolor, por miedo á que cambie la vena que os es favorable ó por no perder la mano; tener sueño y no poder dormir, dolor de cabeza y quedarse firme en su puesto; al empezar el día volver á hacer lo que se ha hecho la víspera, sin interrupción, sin perder un día, sin haber jamás vacaciones, ¡ah! si vos no llamáis á esto trabajar, entonces no me conozco.

Las ganancias de Víctor Mazilier adquirían su importancia sumándolas; pero eran demasiado pequeñas al fin de cada noche para que llamasen la atención de los demás jugadores. En casa de Cora se hacían muy fuertes partidas y los jugadores de poca importancia pasaban desapercibidos. De modo que apenas nadie se ocupaba del joven Mazilier más que para preguntar algunas veces de qué prerrogativas gozaba en la casa, y precisamente con respecto á Cora. Nadie podía contestar á aquella pregunta; tal era la reserva que tenían en su manera de ser, el uno para el otro. Cora no parecía tener ninguna deferencia para con Víctor respecto á los demás huéspedes, y estos, cuando se retiraban, á las cuatro, cinco ó seis de la mañana, llevaban siempre por compañero al hijo del armador del Havre.

Será indiscreto hacer traición brutalmente al secreto que los dos amigos guardaban con tanto cuidado, pero se puede afirmar que la influencia ejercida por Víctor Mazilier sobre Cora, aumentaba de día en

día. La dominaba por completo; la tenía, por decirlo así, sujeta. No impunemente corría por sus venas sangre de esclavo. Durante algún tiempo aquella sangre estuvo detenida, pero llegó momento en que volvió á circular, y aquella sangre transmitida de generación en generación, dió al fin señales de vida demostrando su origen. Con sus negros, con Jorge Hamel, Cora había ejercido el despotismo, se había vengado en ellos de la dominación, bajo la cual habían vivido sus antecesores. Nacida para obedecer, había encontrado un desahogo en el ejercicio del mando y la tiranía. Pero el esclavo emancipado, cansado de su libertad, se entrega por sí mismo á su dueño. Ella le hubiera podido escoger de alma grande, bello y generoso, pero le tomó pequeño, feo, débil y corrompido.

Activa, arrogante con Jorge Hamel, se mostraba humilde y sumisa con Víctor Mazilier. Obedecía ciegamente sus voluntades, se plegaba á sus exigencias y sufría sus caprichos. En la intimidad, la trataba como no se trata á la última cortesana y ella jamás se quejaba; un día el joven la castigó como antes había castigado ella á sus mulatas, y Cora se dejó hacer. Sobre un punto, uno solo, ella no cedía nunca, se negaba á tratarlo y atreviase á hacer frente. Era cuando se le hablaba de Jorge Hamel. Algunas veces, Víctor Mazilier, por piedad quizás, ó solo por tacañería, comprendería la desgracia de aquel infeliz.

—Espía muy cruelmente,—decía,—un momento de ligereza.

—¡Ah!—exclamaba Cora,—¡llamáis á eso un momento de ligereza! No sabéis lo que os decís. Para mí, lo mismo que para los Jueces, no ha sido más que una tentativa de asesinato seguida de robo.

—Dejadme, pues, tranquilo con vuestro robo,—contestaba Víctor.—Jamás pensó en robaros. Os he prohibido que repitáis esa calumnia. Ha podido producir efecto sobre el Juez porque el estado de esos señores es siempre inclinarse á creer el mal. Yo jamás he dado fe ni un solo instante á vuestra acusación, y debéis bendecir que no haya dicho á la

Audiencia lo que pensaba. Es verdad que el Presidente no me preguntó mi opinión á propósito de esto.

—No hubiera faltado más que declaraseis en contra mía.

—Hubiera quizás debido. ¿No fui yo causa de la ligereza de ese pobre Hamel? Sostengo la expresión. Si yo no os hubiera hecho la corte, no os hubiese llevado á almorzar á la calle de París; si no hubiésemos ido juntos á visitar las casas de campo de los alrededores, Hamel no habría hecho la escena que tan desgraciadamente terminó para él.

—¿Cómo para él! ¿Es que le compadecéis?

—Le compadezco y tengo que hacer os una proposición.

—Veamos, debe ser una linda proposición.

—Entre vuestros habituales huéspedes, y con los que estáis más ligada, hay uno, que según dicen, goza de una gran influencia en el Ministerio de Justicia.

—¿Quién?

—El señor de V...

—¿Y qué?

—Rogadle que interese y recomiende en el negociado de indultos y que obtenga la mitad de la pena de Jorge Hamel. Ahora ó nunca. El pobre muchacho está en el presidio hace dos años y medio. Cuento con vos para esto, porque no os lo ocultaré, tengo serios remordimientos y este es el único medio de apaciguarlos.

—¡Pues bien!—exclamaba la joven,—no haré nada para apaciguar vuestros remordimientos; guardadlos.

Estas escenas terminaban generalmente bastante mal. Mazilier, acostumbrado á la obediencia pasiva de Cora, acababa por encolerizarse. Por excepción no obtenía nada de ella. Al día siguiente Víctor pensaba otra cosa y ya no se ocupaba de Jorge Hamel. Pero Cora, que no se daba cuenta exacta de su gran ligereza, se imaginaba algunas veces que Jorge había renunciado á obtener de ella la recomendación del señor V... Esta se inquietaba pensando que Víctor

lo tomase por su cuenta, y se estremecía ante el pensamiento de que el hombre á quien profesaba un odio mortal, pudiese ser libre y feliz. Este temor se apoderó de tal modo de su espíritu, que un día resolvió saber de una manera positiva á qué atenerse sobre la suerte de Jorge Hamel.

III

Empezaba el mes de julio y los salones de Cora se habían cerrado hacía diez ó quince días. A pesar de su amor por el juego, sus huéspedes, sabían vivir demasiado para quedarse en París en aquella época del año. Se habían dirigido hacia los baños de mar ó establecimientos balnearios, dándose cita para fines de septiembre en el hotelito de la Avenida Neuilly.

Una noche en que Víctor Mazilier acompañaba á Cora en el salón, tan lleno otras veces, ésta dijo de pronto:

—¿Os desagrada ahora París?

—Nada de eso,—contestó el joven.—Pero ya no puedo trabajar y esto me desconsuela. Cuando se es de una naturaleza laboriosa la inacción mata.

—¿Y si viajásemos?—dijo Cora tímidamente.

—Ya lo había pensado, pero ¿por qué lado dirigirnos? Las costas de Normandía nos están prohibidas porque encontraríamos á mi familia. Suiza me aburre y Alemania me espanta. Me conozco; jugaría al treinta y cuarenta y perdería todos los beneficios del año.

—¿Qué pensáis,—dijo la joven,—de hacer un viaje por el Mediodía?

—¡Al Mediodía,—exclamó Víctor,—con treinta grados de calor! ¿Queréis verme fundir! Sin embargo, no peco por gordura!

Cora comprendió que no era preciso insistir y resolvió la dificultad.

—Entiendo por el Mediodía, —repuso, —Luchon, Bagnères, Biarritz, Canterets, los Pirineos, en fin.

—En horabuena. Los Pirineos, eso es, muy buena idea. Me gustan mucho las montañas, pues aunque no soy muy alto y me llevan mucha ventaja, procuran frescura. Vamos, pues, para allá.

Dos días después, Cora, que había estudiado cuidadosamente las guías de los ferrocarriles franceses y que sabía cómo comunicaban entre sí, tomó con Víctor Mazilier la línea de París á Burdeos. De Burdeos los dos viajeros fueron á Bayona y de aquí á los Pirineos. Pero como Víctor Mazilier se aburría en todas partes y no podía permanecer más de dos días en una misma localidad, hubieron recorrido en poco tiempo todos los puntos interesantes de aquella parte de Francia.

—¿A dónde vamos á ir ahora?—se preguntaron un día.

—Volver á París en pleno mes de agosto sería de bastante mal tono, — exclamó Cora.

—Perderíamos la estimación de nuestros amigos. Sin embargo, nuestra vida no puede pasarse mirando las montañas; esto es muy monótono.

—Puesto que no tenemos otra cosa mejor que hacer, —dijo Cora, —¿por qué no visitamos á Burdeos, que solamente hemos atravesado, Tolosa, Montauban, Carcassonne? De este modo, en vez de volver por el mismo camino, tomaríamos la línea del Mediterráneo y nos detendremos en Lyon y Dijon.

—Vaya por Burdeos. ¡Ah! el verano, ¡Dios mío! ¡El verano, qué ridículo es! ¡Cuándo vendrá el invierno para que pueda reanudar mis trabajos!

Después de haber pasado veinticuatro horas en Burdeos, tomaron el camino del Mediodía, se detuvieron en las principales estaciones y llegaron á Cetté. Cora manifestó el deseo que tenía de ver á Marsella.

—¡Todavía! —dijo su compañero. — Sois insaciable, querida mía.

—Es, según aseguran, una ciudad muy curiosa.

—Dejadme en paz. Todas las ciudades se parecen. Quien ha visto Perpignan, ha visto Marsella.

—¿Qué decís! comparar un puerto de mar á...

—Cora, — exclamó el joven interrumpiéndola.

—Amigo mío.

—Miradme de frente.

—Ya os miro.

—¿Os burláis de mí, no es eso?

—¡Nada más lejos de mí!

—¿Cual es vuestro objeto al tratar de conducirme á Marsella?

—No tengo objeto ninguno, amigo mío, yo...

—Tenéis uno; lo conozco. No es posible que tengáis el gusto de pasear de este modo por el territorio francés, visitar todas sus Prefecturas y Subprefecturas, vos que jamás salís de París y que teméis que os vean, quien...

De pronto el joven se dejó caer en un sillón y exclamó:

—¿Es preciso que sea yo muy bruto! ¡Y decir que no lo había adivinado antes! Hace un mes que me lleva de la Ceca á la Meca, que me condena á una vida insoportable, me coloca frente á montañas que me humillan, me hace tragar el polvo de todas las carreteras de Francia, me obliga á contemplar á Carcassonne, lo cual he hecho, y todo esto por... Decir que en veinte horas hubiéramos llegado y que nos han sido precisas seis semanas para aún no haberlo congnido... ¡Ah! ¡Que vuelta, válgame Dios, que vuelta!

—¿No comprendo de qué vuelta habláis; no hemos dado ninguna!

—¡Ah! ¡Verdaderamente! ¿No es ninguna vuelta ir por Bayona y los Pirineos para dirigirnos de París á Tolón?

—¡Tolón! —dijo Cora.

—¡Si, Tolón! No vengáis haciéndoos la asombrosa. ¿Creéis que no os conozco? he podido ser bobo seis semanas; qué queréis, fuera de París pierdo mis facultades. La vista de las montañas me vuelven idiota, y Carcassonne me ha vuelto. He tenido un rayo de inteligencia y he visto la verdad. Cora,

me habéis engañado, habéis jugado conmigo; desde nuestra salida de París vamos sobre Tolón.

—¿Con qué objeto?

—¿Lo pregunta como si no conociese su buen corazón! Deseas visitar el presidio y tomar noticias de Jorge Hamel.

—Nada de eso, os lo aseguro. Lejos de mí semejante pensamiento.

—¿Es verdad?

—Verdad.

—Entonces, querida mía, partamos esta noche para París.

—Pero...

—Vaciláis... había adivinado la verdad. Sed franca ó si no os juro que dentro de veinticuatro horas la Avenida de Neuilly tendrá el honor de poseernos. ¡Vamos! ¿Queréis verlo, no es verdad? ¡Confesadlo francamente!

—¡Pues bien, sí! —exclamó la joven de repente.

—¡Enhorabuena! ¿Cuando yo lo decía!... Deseáis saber si sigue en el presidio y si las gestiones que habéis hecho para obtener su indulto han producido efecto.

—No he hecho ninguna.

—¡Pardiez! Creed, pues, que hablo seriamente. Pero deseáis saber si otros han intentado algo.

—Sí, vos, por ejemplo.

—¡Oh! no ha sido por falta de ganas, pero he estado ocupado durante el invierno. Además, nuestras gestiones hubieran podido ser inútiles. ¡Si por casualidad se hubiese escapado! ¿No habéis pensado nunca en eso?

—Frecuentemente, y es por lo que...

—Comprendido, —dijo Víctor interrumpiéndola.— Inútil insistir. He adivinado. Queréis personalmente asegurarnos de su presencia en el presidio, vos misma, *de visu*. Hablo el latín con una facilidad que me asombra. ¡Ah! ¿No os espanta la idea de ver con traje rojo, grillete en los pies aquel á quien tanto habéis amado!

—¡Al que tanto me ha hecho sufrir, sí!

—Pues bien, querida amiga, ¿por qué no lo ha-

béis dicho antes? Era inútil conducirme á Carcassonne. Partamos para Tolón.

—¡Ah! ¡Consentís!...

—Consiento en ver á ese desgraciado muchacho, en tratar de ayudarlo, obtener su indulto y luego prevenirle... ¡Tengo necesidad de emociones! El juego no me las proporciona, me las dará el presidio. De modo que ya estáis prevenida; haré cuanto dependa de mí para ser útil á vuestro mortal enemigo.

—¡Bah! —dijo Cora, — en Tolón no podéis nada, no tenéis ninguna relación. En París lo olvidaréis.

Dos días después de esta conversación se alojaban en uno de los mejores hoteles de Tolón.

IV

Se concede con demasiada frecuencia quizás á los forasteros la autorización de visitar los presidios de Francia. Sin hablar de la humillación que un condenado puede experimentar al encontrarse frente á personas que le reconocen, analizan sus facciones y que lo han conocido en otros tiempos, en otra posición mejor, es cruel para el hombre privado de su libertad estar en contacto con las gentes que gozan de todos sus derechos y no obedecen más que á sus deseos. Si estos visitantes supieran al menos conducirse discretamente, ocultar sus goces, imponer silencio á su alegría y tener ese aspecto reservado, esa especie de recogimiento que convienen en ciertas circunstancias de la vida, frente á un infortunio, por merecido que sea, y á pesar del poco interés que inspire. Pero muchas personas recorren una prisión como si visitaran un Museo; se detienen delante de algunos condenados como se pararían en el Louvre ante un cuadro, y hablan de sus negocios, de sus proyectos y de los placeres que les esperan, sin pen-